

Aria de la ópera *Gioconda*, cantada por la Sra. D^a Antonia Ochoa de Miranda, y la comedia en un acto *Las mujeres que lloran*; Martes 2, undécima del medio abono, estreno de la comedia de C. Antona Traversi, *Las Rozeno*, y la pieza *La taza de té*; Miércoles 3, función extraordinaria á beneficio de Alfredo del Conte, la pieza *Una visita de matrimonio*, de A. Dumás; Concierto por el joven pianista Maximiliano Vidal, y la comedia de Barriere y Gaudinet *Cabeza de Chorlito*; Jueves 4, duodécima y última función y despedida de la compañía, la comedia de Sardou, *Dora*.

En este segundo ó medio abono, los precios de él fueron rebajados de diez y ocho pesos á doce pesos en luneta, y en la misma proporción los de las demás localidades, y la entrada eventual á patio, costó un peso cincuenta centavos, en vez de dos pesos cincuenta centavos.

Aun desde antes de dar principio á sus trabajos, la compañía del distinguido actor Andrea Maggi se vió perjudicada por las dos compañías italianas que últimamente la habían precedido; la de Emanuel y la de Roncoroni. Este pudo aprovechar, y aprovechó en efecto, al presentarse por primera vez, el cariño y entusiasmo con que el público de México recordaba la larguísima y brillante temporada del insigne Emanuel, recuerdo que le hizo acudir en buen número, al llamamiento de Roncoroni, creyendo que éste le ofrecería los mismos gratuitos espectáculos que su inmediato predecesor. Desgraciadamente, la compañía Roncoroni pareció mala en conjunto y en muchas de sus principales partes, sin exceptuar á su director y primer actor, y si su primera temporada disgustó á la casi totalidad de quienes á ella asistieron, la segunda, pues Roncoroni se atrevió á volver, fué un fiasco completo, porque en ella el público pudo notar que algunos artistas, muy justamente celebrados mientras estuvieron sometidos á la dirección de Emanuel, resultaban débiles y deficientes, bajo la de Roncoroni. Este fracaso hizo que el público desconfiase del mérito de la Compañía Maggi, que en su elenco traía á algunas de esas partes débiles y deficientes, y había permitido que la empresa le prodigase pomposos elogios que acrecieron la desconfianza, pues se recordó que Emanuel, no obstante sus eminentísimas dotes, se presentó modesta y sencillamente, sin procurar predisponer á nadie en su favor.

Maggi anunciaba como su única primera actriz á Clara Della Guardia, que en ese puesto no había llamado la atención con Roncoroni, y á la cual sus muchos amigos y partidarios, conquistados en la época de Emanuel, cuando se la quiso y aplaudió como dama joven y segunda dama, pero nunca como capaz de competir ni aun igualar á la inimitable Virginia Reiter, no podían admitir como tal primera actriz. Torpemente, el representante de la Empresa facilitó á los periódicos de la Capital un recorte de *Il Proscenio*, semanario teatral de

Nápoles, fecha 2 de Marzo, en que al pie del retrato de Clara Della Guardia, elogiábanse *su modestia*, su dedicación al estudio, y su empeño en merecer los estímulos prudentes de aquel público. El periodista de *Il Proscenio* se guardaba muy bien de presentarla ya como una gloria de la escena, y sin negar que pueda conseguir algún día altísimo puesto, aconsejábala así: "*Persevere Clara Della Guardia en la ardua lucha, sobrepóngase á ese sentimiento de temor y sobresalto, y espere confiadamente el día de su triunfo.*" Puesto que se le aconsejaba esperar, es claro que, al menos en Nápoles, aun no había alcanzado el triunfo. *Il Proscenio*, añadía: "La joven artista tiene un grandísimo respeto por el arte, *bien difícil de recorrerse para llegar á la soñada meta*: por eso ella *sin envanecerse ni hacerse ilusiones*, busca consejos, guiada siempre por el pensamiento de amoldarse á lo verdadero y á lo justo. . . . *La casa paterna y Frou Frou* han sido para ella altamente honrosas. . . . El juicio fué favorable." Según se ve en las frases subrayadas, no puede elogiarse con mayores prudencia y cautela, y no había razón para esperar nada que fuese ni siquiera igual á las grandes actrices italianas que ya conocíamos en México. Esto no obstante, y so pretexto de la baja de la plata, los precios de abono y eventuales eran excesivamente altos, más altos que los de la gran compañía de Emanuel. Del primer actor y director Andrea Maggi no se tenían malas noticias ni había causa alguna de prevención en su contra: al llegar á la ciudad no imitó la conducta y costumbres reservadas y retraídas, casi *hurañas*, de Emanuel, y se presentó en todos lados y en las redacciones de los periódicos, galante, amable, comunicativo, vistiendo y portándose con sumas elegancia y distinción, y haciéndose simpático por su juventud y cultivada inteligencia.

Por las causas más arriba apuntadas ó por cualesquiera otras, el abono se presentó flojo, pues para las veinticuatro funciones de las noches y las ocho de las tardes no pasó de *cinco mil trescientos setenta y seis pesos*, correspondiendo á cada función de noche *ciento noventa y ocho pesos* próximamente, y á cada función de tarde *setenta y ocho*. En la primera de abono el 4 de Mayo, con *Otello*, la entrada eventual fué de *quinientos sesenta y dos pesos*, que unidos á la cantidad correspondiente al abono no pasaron de *setecientos sesenta pesos*. No fué en verdad mala entrada para una primera noche, dados los temores y desconfianza del público, pero en cuanto al *bulto* ó sea la cantidad de concurrentes, el Gran Teatro presentaba triste aspecto, pues no pasaban de quinientos en la totalidad de las localidades. El éxito artístico no fué malo, los aplausos no escasearon, pero los espectadores serenos é imparciales no quedaron satisfechos. Clara Della Guardia en *Desdémona* no estuvo bien: fué demasiado papel para ella ese difícilísimo y delicado carácter, tan difícil y delicado que cuando no le interpreta una verdadera primera actriz, pasa casi inapercibido para

los espectadores, incapaces de comprender que la importancia de una figura dramática no estriba en el número de pliegos que debe aprenderse de memoria el artista que la interpreta; lo mismo puede decirse de *Ofelia*, carácter en que estuvo mucho peor que en *Desdémona* Clara Della Guardia, que, sin embargo, también fué muy aplaudida por quienes van á los teatros á ver y á admirar no á la *actriz*, sino á la *mujer*; como mujer, como belleza femenil, no hubo tacha que ponerle á Clara Della Guardia: si bella, si hermosa la vimos en la temporada de Emanuel, mucho, muchísimo más nos lo pareció en la de Maggi; en belleza física sí es indudable que había ganado sobre toda ponderación la graciosa y simpática artista. El papel de *Otello* proporcionó á Maggi muchos aplausos y muchos admiradores: el distinguido actor vistió con propiedad y lujo, y en cuanto á ello no hay más que reconocerlo así y celebrarlo sin reserva alguna. Ahora, sin negar ni aun poner en duda los méritos del actor, debemos decir que exageró de un modo lamentable y que se le aplaudieron grandemente sus exageraciones. Díjose que Shakespeare no determinó su creación asombrosa con perfiles especiales, que cada artista, en consecuencia, pone en esa figura su modo de ser especial, y por consecuencia también, aunque todos vayan de acuerdo en el fondo, pueden separarse mucho en la forma, porque *Otello* es la pasión, y la pasión tiene maneras distintas de rugir, de retorcerse, de increpar. Podrá ser cierto todo eso, pero no lo es menos el que será la mejor de esas varias interpretaciones la que más se acerque á la verdad artística. Si un actor exagera en su *Otello*, su interpretación no será la mejor. Uno de los periódicos que más habían de ponderar á Maggi, el para mí muy estimado *Nacional*, dijo de esa representación de *Otello*:

“Maggi se nos ha revelado como excelente actor: hay algo, acaso, de exageración en su voz, tratándose de tal ó cual escena: faltan á aquella matices; procede por saltos...” Otros periódicos fueron más duros en sus apreciaciones referentes al distinguido actor, censurando de común acuerdo lo mal que graduaba su voz, clara, agradable y simpática siempre que la emitía con naturalidad; estridente y desentonada cuando se producía á gritos, lo que hizo siempre en toda situación culminante de cualesquiera dramas ó tragedias y aun en simples comedias; cavernosa é ininteligible cuando la concentraba ó apagaba, pasando del uno al otro extremo sin término medio y sin justificación de ninguna especie. Con tamaño defecto no podía Maggi ser del agrado de la generalidad de los espectadores que suelen concurrir á un espectáculo caro como lo fué el de la Compañía italiana, y quienes no quisieron dar su aprobación á la escuela del primer actor, tan opuesta á lo natural y á lo verdadero, desertaron del Gran Teatro convencidos de que aquello no era lo que se les había ofrecido y lo que tanto se celebró y aplaudió con Emanuel. El pro-

ducto de las entradas eventuales, que en la segunda función llegó á *seiscientos cuarenta y un pesos*, descendió rápidamente á *doscientos treinta y dos* en *Kean*, que fué la tercera de abono, y tocó en el primer abono á su límite más bajo el 1.º de Junio, con *El Otro*, que sólo alcanzó á *noventa y cinco pesos y cinco centavos*: sólo dos días, un domingo con *Fedora* y un jueves con *Hamlet*, la entrada llegó á poco más de *cuatrocientos cincuenta pesos*: apenas unas cinco funciones alcanzaron á *doscientos cincuenta pesos* cada una, y las demás quedaron entre *ciento y doscientos pesos*. Para el segundo abono, de sólo doce funciones, la rebaja en los precios no aumentó el número de concurrentes: el abono á esas doce fué de *mil cuatrocientos pesos* contra *dos mil trescientos setenta y siete* que correspondieron á cada mitad de las del primer abono, y en las funciones de esa segunda parte de la temporada, pocas noches la entrada eventual llegó á *doscientos pesos* y en la mayoría sólo fué de *sesenta ú ochenta*. El eminente Giovanni Emanuel empezó en su época con entradas menores que las primeras de Maggi, pero conforme iba siendo conocido y celebrado, los productos de entrada de abono y diarias fueron aumentando al extremo de que los teatros en que trabajó no podían contener á todo el público que deseaba concurrir á sus brillantísimos y excepcionales espectáculos. Traigo esto á la memoria porque, sin base ni fundamento racionales y justos, se pretendió por alguien equiparar el mérito de una y otra compañías italianas, lo que nos obliga á decir que la comparación era insostenible, y á defender al público que no concurrió á las funciones de Maggi porque su Compañía no fué en modo alguno equiparable con la de Giovanni Emanuel. El Gran Teatro sólo se vió bien concurrido en algunas funciones de beneficio; en algunas, repito, y no en todas: la del muy excelente artista Fabbri que en toda la temporada trabajó de un modo irreprochable y fué aplaudidísimo, no produjo más de *trescientos setenta pesos y veintitrés centavos*: la de Ernesto Della Guardia subió á *novecientos diez y seis pesos*: la de Clara Della Guardia le produjo *mil cien pesos*: á Maggi le dió la suya *mil doscientos cincuenta*: la de Del Conte bajó á *seiscientos setenta*: la mejor de todas fué la función á beneficio de la “Casa Amiga de la Obrera,” que pasó de *mil cuatrocientos pesos*, ya porque la patrocinaron altísimas influencias, ya porque el público quiso oír y aplaudir á la distinguida artista lírica mexicana Sra. D^a Antonia Ochoa de Miranda, que embelleció el espectáculo.

No por esto debe entenderse que Andrea Maggi no sea, en nuestro humilde concepto, un actor muy distinguido: joven, elegante, correcto en el escenario y fuera de él, no pueden negársele ni talento ni inspiración, y papeles tuvo magníficos en muchas obras, especialmente en las nuevas que presentó en México, y en los dramas ó comedias del día. En la tragedia y en los dramas de corte antiguo no gustó

como gustaron algunos de sus predecesores en el Gran Teatro. En *Hamlet* no comprendió, á mi juicio modesto, el carácter del personaje: su epiléptico temblor del primer acto, que le valió una ovación, no fué en modo alguno un terror trágico, y estuvo en completo desacuerdo con las palabras y conceptos valientes y valerosos que Shakespeare puso en el papel: su disposición al ponerse frente al público en la escena con la *sombra ó espectro del padre-rey*, destruyó por completo la ilusión escénica: el atropellamiento de sus palabras en el final del primer acto y la explosión de su miedo vulgar y comunísimo estuvieron una vez más en desacuerdo con lo que el papel exigía: el famoso monólogo *Ser ó no ser*, los diálogos sublimes con *Ofelia* y con la *Reina*, pasaron sin aplauso y sin efecto: sus escenas, después de la representación de los cómicos, y en el instante de sepultar á *Ofelia*, estuvieron deslucidas con antiestéticos gritos y desentonos de toda clase. En el *Rey Lear* no pudo hacer olvidar á Emanuel, ni en *Luis Onceno* á D. José Valero. De ello quisieron disculpar á Maggi sus entusiastas partidarios, alegando que para esos tipos Maggi era demasiado joven, mientras que Emanuel y Valero siendo viejos en edad ninguna gracia hacían en *fingir* la vejez. Esto no pasó de ser una salida de pie de banco, pues ni obligaba nadie á Maggi á presentarnos esos tipos, ni Emanuel ni Valero alcanzaron la edad del *Rey Lear*, ni *Luis Onceno* fué un decrepito. Pero en resumidas cuentas, cada cual fué y es dueño de sus particulares opiniones, y á mi vez, dueño yo de las mías, aquí las asiento sin pretensiones de que prevalezcan sobre las de los demás, pero sin crearme tampoco obligado á suscribir y apoyar las ajenas en libro que yo firmo.

Andrea Maggi tuvo, vuelvo á decirlo, muy buenos papeles en diferentes obras, y muchas de ellas las presentó con mucha propiedad, y algunas con mucho lujo como el muy malo *Conde Rojo*. No obstante, nunca superó á la Ristori en propiedad y lujo escénicos, por más que otra cosa supongan los que no asistieron á los espectáculos de la sublime artista, ó contaban muy corta edad cuando aquella estuvo en México. Tampoco fué verdad que el mayor número de las obras del repertorio de Maggi hubiera sido nuevo en nuestros teatros, como aseguraban algunos periódicos. Sólo tuvieron ese carácter *Magda*, *Ferrol*, *El viaje de los Berlurón*, *El poder de las tinieblas*, *El Conde Rojo*, *Los provincianos en París*, *El Otro*, *El tren de Recreo*, *La Honra*, *Causa y efecto*, *Musotte*, *El ciego*, *Las Rozeno*, y las piezas en un acto *Caballería rusticana*, *Las máscaras*, *Las mujeres que lloran*, y *Una visita de Matrimonio*, y las en dos actos *El duelo*, y *Una partida de ajedrez*: así pues, en cincuenta y tres representaciones de obras en tres ó más actos, y en treinta y siete de piezas de uno y dos actos, sólo hubo nuevas *trece* de las primeras y *seis* de las segundas. De esas obras nuevas tan sólo de algunas se dió más de una representación,

y de las ya conocidas casi ninguna pudo la empresa repetir, pues cuando las repitió bajaron las entradas, y necesitó cambiar lo más posible sus funciones para ver de atraerse algún público, lo cual muy pocas veces consiguió. La causa de ello debe buscarse en la debilidad de conjunto de la Compañía y en la debilidad artística de varias de las primeras partes. Cualesquiera que hayan sido los defectos del primer actor Maggi, no puede negarse que fué un notable artista que más de una vez sorprendió con rasgos de grandísimo talento y de natural y asombrosa inspiración: Attilio Fabbri, fué, lo repito, durante toda la temporada, el mismo notabilísimo y felicísimo artista de siempre; Garavaglia, se distinguió mucho en diversas obras, como Ernesto Della Guardia en todas las suyas; pero piensen lo que piensen y digan lo que digan otros cronistas, faltó á Maggi una verdadera primera actriz. Fuimos siempre partidarios de Clara Della Guardia, pero siempre también que no se salió de sus facultades, que no son las de primera actriz: con Maggi se nos presentó simpática como siempre, y quizá más hermosa como mujer: trabajó constantemente con el empeño y buena voluntad que le fueron característicos, pero nunca alcanzó á llegar á la altura de Virginia Reiter, cuyos papeles notables y singulares creaciones escogió con marcado empeño Clara Della Guardia en las funciones de esa temporada. Para los que conocimos á aquella primera actriz de Emanuel, no estuvo feliz la de Maggi. No negamos los adelantos notabilísimos de Clara Della Guardia: fué con Maggi una mucho mejor artista que con Roncoroni; pero, á nuestro humilde juicio, los aplausos numerosos y las ovaciones entusiastas que se le prodigaron en la época de que tratamos, los debió á quienes no conocieron á su ilustre predecesora ó no pudieron recordarla en todo su esplendor por cualquiera circunstancia.

El espacio relativamente considerable que he dedicado en mi libro al distinguidísimo actor Andrea Maggi, prueba que no niego la valía del muy notable artista, y si no se hubiese pretendido por algunos escritores sobreponerle á Emanuel y alzar sobre la de éste su Compañía, no hubiera yo insistido en fijar ciertos puntos de mi criterio particular. Entre mil citas que podría traer al caso, sólo haré dos, tomándolas de *El Nacional*, periódico para mí muy querido. Allá, en principios de Mayo decía: "Pocas compañías han venido á nuestros teatros tan completas como la que hoy le ocupa: es la de Emanuel, tan aclamada por nosotros mismos, bajo la dirección de Maggi. . . ." un mes más tarde, en principios de Junio, se expresaba así, haciendo la revista de *El Rey Lear*: "El Sr. Maggi tenía que luchar con el gran recuerdo que nos dejó Emanuel en ese papel, que era su caballo de batalla. . . .: baste decir que Maggi no nos hizo extrañar á Emanuel, pues estuvo á la altura de éste y aun le superó en algunas escenas. . . ." Para muchos es un torpe juicio el que procede por com-

paraciones; yo no lo creo, pero si pareciese delictuoso poner una al lado de la otra, la temporada de Emanuel y la temporada de Maggi, no podrá acusárseme de haber sido el primero en delinquir.

Andrea Maggi se despidió del público de la Capital y de los buenos amigos que en ella dejó, con una carta que decía así:

“ Antes de ausentarme temporalmente de esta Capital, en donde el público y la prensa me han colmado de tantas atenciones, deseo hacer presente á todos el agradecimiento que me han inspirado las distinciones de que he sido objeto, en una temporada, que si no alcanzó para el empresario todo el éxito que hubiera querido, dejó en cambio satisfechas plenamente las aspiraciones del artista. No encontraría mejor conducto para manifestar mi gratitud, que la misma prensa mexicana, á la que no podría expresar lo bastante la impresión que grabó en mi ánimo con la justicia de sus críticas al hablar de los trabajos artísticos de mis compañeros, así como de los míos, y con su delicadeza y galantería al ayudarme generosamente á vencer una indiferencia cuyas causas no me corresponde discutir. En la gira que voy á emprender por diversas poblaciones de la República, no olvidaré nunca los aplausos que mi Compañía logró merecer durante mi permanencia en México, y con verdadera pena me alejo de esta hermosa Capital, donde la concurrencia que asistió á mis espectáculos pudo ser corta, pero representó para mí un grupo de amigos sinceros y cariñosos, de quienes conservaré siempre gratísimos recuerdos. A usted, señor Director, y á los redactores de su digno diario, me permito suplicar sirvan de intérpretes á mis sentimientos y reciban las expresiones de mi gratitud por el interés que en todos sus escritos me han demostrado. Mientras puedo tener el gusto de volver á saludar á ustedes, á mi regreso á México, despídome afectuosamente, quedando como siempre su atento amigo y S. S.”

Tiempo antes, el 25 de Marzo, Maggi había escrito otra carta al Director de la Agencia Teatral, defendiéndose del injusto cargo que se le hizo de haberse propuesto obstinadamente dar en abundancia y con preferencia, dramas espeluznantes y malos. El distinguido artista no necesitó, para demostrar la falsedad del cargo, de más que citar los nombres ilustres de Shakespeare, Dumás, Ohnet, Coppée, Sardou, Grenet, Dancourt, Feuillet, Martini, Sudermann y Tolstoi, autores de las obras serias hasta allí representadas. Podrá en efecto la crítica discutir los méritos de tales ó cuales géneros dramáticos, y aun condenar las tendencias en que se inspiran, pero sólo en determinados casos y circunstancias como el de la falta de genio del autor, se le permitirá calificarlos de malos. Esta calificación no podía en modo alguno recaer sobre la generalidad de las obras nuevas presentadas por Maggi. La *Magda* y *La Honra* de Sudermann, *El poder de las tinieblas*, de Tolstoi, y *El otro*, de Lindau, son obras dramáticas

bellísimas aunque del género que hemos llamado discutible por su fondo y tendencias, y merecerá siempre el aplauso y el reconocimiento de toda persona afecta al arte dramático, el insigne artista Andrea Maggi que fué quien primero las dió á conocer en México, correctamente desempeñadas, pues ya he dicho y repito que el distinguidísimo actor italiano pareció bien al público ó á una parte de él, siempre que no se puso en el caso de que se estableciesen comparaciones con otros que le precedieron. Para concluir con este asunto, una vez más también vuelvo á decir que con una más escogida compañía, con actores y actrices que hubiesen estado á su altura, Andrea Maggi quizás hubiese hecho en el Gran Teatro una temporada buena en productos materiales, tan buena como lo fué en aplausos y ovaciones que no le escatimaron ciertamente sus amigos y partidarios.

CAPITULO VII

1895.

Al entrar en combinación con Maggi y cederle el Gran Teatro, los hermanos Arcaraz trasladáronse á Arbeu con su compañía de zarzuela por tandas, y dieron allí su primera función de la nueva serie de su temporada, el sábado 4 de Mayo, á teatro lleno, con el estreno de la piececilla lírica *Viento en popa*, que sólo la gracia de la Rusquilla y los chistes de Cires Sánchez pudieron salvar de un fracaso, pues ni el libreto ni la música valían un comino. Menos todavía agradó la zarzuelilla del mismo género *La madre del cordero*, que pocas noches después se salvó á su turno, gracias á una bonita *jota* que el público hizo repetir: esto fué en la noche del 12. En la del 15, se estrenó un sainete de Vital Aza intitulado *La rebotica*, convertido en zarzuela por el Maestro Director Luis Arcaraz: el sainete, digno del regocijado ingenio de Vital Aza, agradó muchísimo y con suma justicia. El 17, y con *El anillo de hierro* de Zapata y Marqués presentaron los Arcaraz al nuevo tenor Francisco Mateu, artista valenciano: anunciado con mucha anticipación á su estreno como una notabilidad. Pronto se supo que en los ensayos de *Marina* y el *Milagro de la Virgen*, obras con las que se dijo iba á estrenarse, no había quedado bien, y el público acudió con desconfianza á la representación de *El anillo de hierro*: esos malos rumores y la frialdad con que se le recibió parece que desconcertaron á Mateu, y á las primeras desafinaciones del tenor valen-